

## 11. ¿POR QUÉ OCCUPY WALL STREET NO ES EL TEA PARTY DE LA IZQUIERDA? LA LARGA HISTORIA PROTESTATARIA DE LOS ESTADOS UNIDOS SIDNEY TARROW

[Sidney Tarrow es profesor emérito Maxwell M. Upson de Gobierno en la Universidad de Cornell, EE.UU. Es autor de diversos libros, entre ellos *El nuevo activismo transnacional* (Hacer, Barcelona), *El poder en movimiento* (Alianza Ed., Madrid), *Contentious Politics*, con Charles Tilly (Paradigm), y *Strangers at the Gates* (Cambridge). Artículo aparecido originalmente en *Foreign Affairs*; se publica con la autorización del autor; reprinted by permission of *Foreign Affairs* 10.10.2010. Copyright 2002-2012 by the Council of Foreign Relations, Inc. [www.ForeignAffairs.com](http://www.ForeignAffairs.com). Traducción de Joan Quesada. La versión castellana incorpora algunos pequeños cambios introducidos por el autor.]

«No es lo mismo una protesta emocional que un movimiento», dijo recientemente el antiguo embajador estadounidense ante las Naciones Unidas, Andrew Young, en referencia a las manifestaciones de Occupy Wall Street.<sup>133</sup> «Esto es una protesta emocional», proseguía.<sup>134</sup> «La diferencia está en la organización y la articulación». Young entiende de movimientos sociales: como pastor joven en el sur, participó en la Conferencia de Líderes Cristianos del Sur, y estuvo en la cárcel por participar en manifestaciones en Alabama y Florida. Sin embargo, su idea de que lo que está sucediendo hoy en día en el sur del Manhattan carece de verdadero ímpetu parece falsa. El movimiento por los derechos civiles no puede servirnos de precedente para entender Occupy Wall Street. Tampoco es este movimiento un Tea Party de la izquierda, como han sugerido algunos observadores.<sup>135</sup> Como el movimiento madrileño del 15 de Mayo, Occupy Wall Street es un movimiento de un tipo completamente nuevo.

Tanto el movimiento por los derechos civiles como el Tea Party<sup>136</sup> nacieron para servir a sectores sociales específicos. En el primer caso, los afroamericanos que sufrían el peso de las leyes segregacionistas del sur; en el segundo, los estadounidenses mayores, de clase media blanca, que se consideraban víctimas de un Gobierno federal desmesurado. «Esto tiene que

<sup>133</sup> <http://www.foreignaffairs.com/articles/136399/michael-hardt-and-antonio-negri/the-fight-for-real-democracy-at-the-heart-of-occupy-wall-street>.

<sup>134</sup> <http://abcnews.go.com/US/wireStory/seasoned-activists-critique-wall-street-protests-14700603>.

<sup>135</sup> [http://articles.cnn.com/2011-10-06/politics/tea.party.left\\_1\\_tea-party-express-chairman-amy-kremer-political-movement?\\_s=PM:POLITICS](http://articles.cnn.com/2011-10-06/politics/tea.party.left_1_tea-party-express-chairman-amy-kremer-political-movement?_s=PM:POLITICS).

<sup>136</sup> <http://www.foreignaffairs.com/articles/67455/walter-russell-mead/the-tea-party-and-american-foreign-policy>.

ver con la gente que trabaja duramente para ganarse el pan, y quiere conservarlo», declaraba un grupo del Tea Party. Por el contrario, Occupy Wall Street plantea pocas propuestas de políticas nuevas y tiene una configuración de partidarios cambiante según va extendiéndose por todo el país. Lo más cerca que han estado sus activistas de hacer pública una declaración clara de objetivos fue con la «Declaración de la ocupación de la ciudad de Nueva York», que colgaron el día 30 de septiembre. «Como un pueblo, unidos», proclamaba la declaración, «reconocemos la realidad: que el futuro de la raza humana requiere de la cooperación de sus miembros; que nuestro sistema debe proteger nuestros derechos, y que, ante la corrupción de dicho sistema, corresponde a los individuos proteger sus propios derechos y los de sus vecinos». A duras penas se puede decir que eso sea una plataforma de políticas nuevas. Pero la cuestión es que plataformas como estas no son la razón de ser de este nuevo tipo de movimiento.

Charles Tilly, el sociólogo de Columbia fallecido en 2008, dividía los movimientos en tres tipos, según su fundamento sean las políticas que reivindican, los sectores a los que afirman representar o las identidades que intentan construir. Tanto el movimiento por los derechos civiles como el Tea Party combinaban el primer y el segundo objetivos. Occupy Wall Street es lo que podríamos denominar un movimiento del tipo «aquí estamos». Preguntar a sus activistas qué es lo que quieren, como hacen algunos expertos, carece de sentido. Las personas que participan en él ni son seguidores desilusionados de Obama, ni una «turba», como cínicamente los ha descrito el líder de la mayoría republicana en el Congreso, Eric Cantor. Con su presencia, todo lo que dicen es: «¡Reconocednos!».

Si Occupy Wall Street tiene semblanza con algún otro movimiento de la historia reciente de los Estados Unidos este sería, en realidad, el nuevo movimiento feminista de la década de 1970. Cuando dicha lucha hizo su aparición, inmediatamente después del movimiento por los derechos civiles, conmocionó tanto a los conservadores como a unos aturcidos liberales. Los primeros consideraban a las activistas como un atajo de anarquistas que quemaban sostenes; los segundos las veían como poco femeninas, o como liberales bienintencionadas salidas de la reserva. Aunque las líderes del nuevo movimiento feminista deseaban introducir ciertas políticas en la agenda pública,

su principal demanda era de reconocimiento, y de conciencia, del sesgo de género presente en la realidad cotidiana. De igual modo, cuando los activistas de Occupy Wall Street atacan Wall Street, su objetivo no es el capitalismo en sí mismo, sino un sistema de relaciones económicas que ha perdido el rumbo y ha dejado de servir al público.

Periódicamente, miles de estadounidenses, que no proceden de una única clase social ni de una región particular, y que carecen de un objetivo explícito, se unen en lo que el teórico político de Cornell, Jason Frank, ha denominado un «momento constituyente».<sup>137</sup> Por su parte, el teórico constitucional Bruce Ackerman nombra tres momentos de ese tipo en la historia de los Estados Unidos.<sup>138</sup> El más reciente tuvo lugar durante la Gran Depresión, cuando las duras condiciones de vida y la indignación se sumaron para provocar una oleada de huelgas y manifestaciones, algunas de las cuales se parecían mucho más al comportamiento de una turba que el movimiento de Occupy Wall Street. No tenían una agenda política específica, pero exigían reconocimiento y un cambio radical en las relaciones entre el Gobierno, el pueblo y las corporaciones.

Los paralelismos entre la década de 1930 y la actualidad son sorprendentes. La economía se ha hundido hasta alcanzar niveles históricos de desempleo y de dureza de las condiciones de vida. La crisis económica, también ahora, es global; las fuerzas del oscurantismo y la reacción se han puesto en marcha (piénsese en las leyes antiinmigración recientemente aprobadas en los estados de Arizona y Alabama), y los diseñadores de políticas exigen salvajes recortes del déficit. El Tribunal Supremo, que, en la década de 1930, no era consciente de que las doctrinas judiciales del siglo XIX resultaban absolutamente inadecuadas para los problemas económicos de inicios de siglo, ha regresado hoy en día a la doctrina del «originalismo», que pretende retroceder aún más: ahora hasta el siglo XVIII.

Sin embargo, la energía que está sumando fuerzas tras Occupy Wall Street bien podría no dar pie a otro New Deal. Quizás no produzca un «momento constituyente». Durante la Depresión, el desempleo superó el 25%; actualmente, es del 9,1%. Entonces, los Estados Unidos tenían un presidente,

<sup>137</sup> <http://books.google.com/books?id=LXQTf17qn3EC&dq=isbn:0822346753>.

<sup>138</sup> <http://books.google.com/books?id=pw3LvaBECg0C>.

Franklin Roosevelt, que decía de los plutócratas que se oponían a sus políticas y lo odiaban personalmente: «¡Bienvenido sea su odio!». Igual que hacen quienes hoy protestan en Wall Street, Roosevelt hablaba de un «gobierno en manos del dinero organizado», y de las «fuerzas del egoísmo y el ansia de poder». La respuesta fue electrizante, y Roosevelt fue reelegido por una mayoría que superó a la de la primera elección. La diferencia esta vez es que la Casa Blanca y el Partido Demócrata no pueden liderar la ira incipiente que refleja el movimiento de Occupy Wall Street. En la conferencia de prensa de la semana pasada, después de reconocer que comprende el enfado de quienes protestan, el presidente Barack Obama se apresuró a asegurarle al sector financiero su apoyo permanente.

Los movimientos «aquí estamos» suelen estallar rápidamente y se disipan con la misma velocidad, o se desintegran en arroyos de reivindicaciones e intereses particulares. Otros, como el nuevo movimiento feminista, acaban generando unos cuantos sectores organizados, cada uno con un conjunto propio de demandas e identidades políticas. Es demasiado pronto para decir cuál de ambos será el destino de Occupy Wall Street. Pero una cosa es segura: lo que estamos escuchando es una llamada a un sector empresarial satisfecho de sí mismo y a las personas en Washington que lo hacen posible para que despierten, una llamada que apunta a que existe en los movimientos de base de la sociedad estadounidense una nueva fuerza que exige cambios.